

# BREVE REFLEXIÓN SOBRE EL MAL

Mi corazón estaba concebido para el amor y la simpatía, y cuando la desdicha lo transformó hacia la maldad y el odio, sufrí un tormento que no puedes siquiera imaginar... el mal se convirtió desde entonces en el bien para mí.

MARY W. SHELLEY, *Frankenstein*.

Como veremos, la historia va entrelazando la gigantesca cadena de los siglos y ordena los hechos humanos de modo para nosotros ininteligible. Es una interminable sucesión de eslabones del mal: sangre, sudor y lágrimas; de dolor, tristeza y miedo; de abandono, desesperación y muerte.

Por tanto, si hay un Dios benevolente, ¿por qué existe el mal y el sufrimiento? ¿El mal existe en los seres humanos? Estos densos interrogantes sobre el origen y el porqué de las dolencias de la humanidad, que indudablemente constituyen el desafío individual más grande de la fe cristiana y del hombre contemporáneo, han vagado por la mente de los hombres desde los tiempos de Epicuro, uno de los primeros pensadores en interesarse en tan turbulento tema.

En el siglo XX y en este siglo XXI debido a la gran cantidad de enfrentamientos bélicos y de otras muchas dolencias que han azotado a la humanidad, ocasionando pérdidas de vidas humanas y perjuicios aún más inconmensurables, ha resurgido la preocupación en la filosofía en torno al problema del mal.

Esos cataclismos, esos genocidios, esas guerras, esa pululante hambruna y otros males que retuercen al mundo moderno y ofenden a la humanidad entera, nos impulsan a indagar en el enigma que plantea la existencia del mal.

En sus diversas modalidades el tema del mal es tan antiguo como el nacimiento de la humanidad. Intrínsecos del ser humano, el mal y el bien no pueden ser excluidos de la filosofía. Con este motivo, hay que analizar la trayectoria de la producción literaria en cuanto a este tema a través de los entresijos que nos ha dejado la obra de George Bataille.

El autor de *La parte maldita* señala que la complicidad de la literatura con el mal conduce a una creación moral superior, que él llama hipermoral. La literatura es la expresión de una forma aguda del mal, y el mal para Bataille está vinculado a la embriaguez divina, a la preferencia por el instante sobre el futuro, al reino espontáneo de la infancia, a la vivencia del erotismo que implica romper con los límites del individuo y el acercamiento a la muerte. En este sentido, la concepción del mal en Goethe es afín a la de Bataille.

Ahora bien, todos estas pulsiones tienen algo de infantil, y son naturalmente contrarias al bien. El bien piensa más en el futuro, tiene más interés en el porvenir que en el presente, en el *carpe diem* más cercano a los instintos infantiles y también parecido al pulso de las pasiones de los amantes llenas de divina embriaguez. Por tanto, la presencia del mal está justificada como preocupación del presente y como impulso de la infancia. Además, la pasión es contraria a la razón; el sentido es contrario al intelecto. Hay todo un conjunto de parejas irreconciliables que, en los argumentos de todas estas tramas conduce a consolidar la presencia del mal frente al bien como un elemento "razonable". Pero, más que dualidades o posiciones contrarias —aclaramos— es la conjunción de ambos conjugados, bien y mal, dolor y alegría, lo que estas experiencias persiguen.

Y, justamente como tal, la rebeldía es la única postura que otorga al hombre su "totalidad", su

máxima intencionalidad, su grandeza en la medida que se sustituye su espíritu de conservación y apego a la vida por la tolerancia y búsqueda de la muerte. Las nociones de rebelión, soberanía, irracionalidad y del mal se mezclan en la literatura de Bataille. Según Mario Vargas Llosa, la idea que constituye la raíz de esta concepción es la siguiente: la literatura puede expresar toda la experiencia humana, pero fundamentalmente expresa "la parte maldita" de esa experiencia; es el vehículo más eficaz y certero, el menos tramposo, que tiene ese lado combatido y deformado por la sociedad.

A esto cabe agregar que todo poeta, todo filósofo, todo revolucionario y todo científico llevan, por lo tanto —al construir un espejo independiente—, el estigma del pecado y lo demoníaco.<sup>1</sup> La desobediencia al orden unánime se traslada silogísticamente a la desobediencia a diferentes órdenes de lo establecido, en que cualquier intento de innovación o de búsqueda, cualquier "espejo independiente", incurre en pecado y rebeldía.

De esta acentuación tenemos como ejemplo las Sagradas Escrituras. La Biblia empieza con esa historia. (Que la creamos o no es otro problema.) Esa *narración extraordinaria* presenta al Mal en su más excelsa funcionalidad. Es decir, sin el Mal no existiría la historia humana.

No hay quien no lo sepa, está ahí: en la Biblia, el libro que está en el cajoncito de la mesa de luz de los hoteles, salvo en aquellos donde está el Corán. Si la Biblia se limitara a contar la historia del paraíso terrenal sería un libro muy aburrido. Un mero relato naturalista y sin alternativas sobre dos seres que se pasean desnudos a través de la geografía paradisíaca. Todo esto es terriblemente vano, insulso y terriblemente aburrido, aunque

1 "Lo demoníaco es toda aquella función natural que tiene el poder de arrebatar a la persona toda. Sexo y eros, cólera y furia, codicia del poder son ejemplos. Lo demoníaco puede ser creativo o destructivo y normalmente ambas cosas. Lo demoníaco no es una entidad sino que se refiere a una función fundamental, arquetípica, de experiencia humana, es una realidad existencial en el hombre moderno y, que sepamos, en todos los hombres." (Rollo May, 1990: 104).

tediosamente edificante. Al tentar a Adán, la serpiente le ofrece la posibilidad de la historia. Al caer en la tentación, Adán ya no podrá seguir vagando desnudo entre las flores de la inocencia, pues al elegir la manzana —al elegir el pecado—, se arroja a la temporalidad, que es lo propio de la historia. Lo eterno pertenece a lo divino. En el Paraíso, Adán y Eva habitaban los parajes de la eternidad bajo la mirada del buen Dios. Y de este modo, expulsados del Paraíso, dan inicio a la historia. La eternidad ha sido herida de muerte por el pecado. ¿Qué le faltaba al Paraíso? Le faltaba lo que señaló Hegel: la seriedad, el dolor, la paciencia y el trabajo de lo negativo.

En cuanto al Nuevo Testamento, el Mal se corporiza en un gran villano: Judas Iscariote. Se ha reflexionado mucho al respecto, pero vamos a insistir en un par de puntos. Judas es un villano tan perfecto y admirable porque sin él la historia de la redención humana por medio de la crucifixión del hijo no tendría lugar. La crucifixión reparará el pecado de la desobediencia inicial. Jesús viene a morir por todos nosotros, viene a redimir a los hombres del pecado, que se inició allá, muy tempranamente, en el Paraíso. Escrito el Antiguo Testamento —el del pecado, la ley y la ira de Dios—, había que escribir el Nuevo, que es el del sacrificio y la redención. Pero en el Nuevo, tanto como en el Antiguo, el relato se cumple por la presencia del Mal. Para redimir a los hombres, Jesús debía ser crucificado. Para que Jesús fuera crucificado, Judas tenía que venderlo por treinta monedas, que parecen escasas pero fueron, no obstante, el precio metálico de la redención. Esas treinta monedas

compraron la conciencia de Judas, y transformaron su fe y su fidelidad en traición (desobediencia, pecado, mal), que puso a Jesús en el lugar exacto en que debía ser puesto para redimir los pecados de los hombres: en la Cruz.

Dicho en otras palabras, sólo hay alguien tan importante como Jesús en la historia de la redención: Judas. Era menester que Judas traicionara para que Jesucristo entregara su cuerpo al martirio y cumpliera su misión redentora. De ello resultará que la traición abra el camino a la redención y que el pecado posibilite la santidad del que debe morir para que todos sean perdonados. Ninguno de los dos relatos (el del Antiguo y el del Nuevo Testamento) podría realizarse sin la presencia del Mal.

Claro está que hablar del cristianismo como un “acontecimiento” implica restituirle su consistencia declarada: realización del mensaje bíblico, fragmentación de la historia en dos eras y promesa fundadora de una nueva historia. Esta revelación tiene como médula la imposibilidad de la encarnación; empero, no plantea la muerte de Dios (lugar común del ateísmo contemporáneo), sino la “muerte de la muerte”, que es la condición de todo pensamiento del mal. Se dice además que la dramaturgia del mal, de Cristo, culmina en el instante de la agonía, que es el punto de intersección entre la historia y la nueva historia, concebida como obra de la salvación y de la promesa de resurrección.

En el pensamiento cristiano expresado por San Agustín el combate al mal es subjetivo y está en pugna constante entre las pasiones y el deseo de Dios. Si el ser humano toma la opción de las pasiones del mal, es un mal radical, y esto implica el uso de la libertad para optar entre el bien y el mal.<sup>2</sup>

Desde la Edad Media se considera que el ámbito imaginario de lo diabólico debe comprenderse partiendo de la coherencia interna y evolución histórica del discurso de la fe. El mundo imaginario medieval tiene que ver con la angelología y la demonología orientales: se puede comprobar la insistencia de una visión dualista, incluso gnóstica, que no debe aislarse de la preocupación cristiana de sí mismo ni de la escatología de la salvación.

2 “El nuevo ethos del combate contra el mal y de la redención se basa en la dinámica subjetiva del buen empleo de las pasiones y del deseo infinito de Dios (epectasis). Por fin San Agustín es quien articula de la manera más vigorosa el libre albedrío del hombre frente al mal sin dejar de situar el hecho de esta libertad dentro de la guerra metahistórica entre ‘las dos ciudades’ y sin dejar de sostener el enigma de un mal radical que justifica la eternidad de la condenación. Se dice asimismo aquí que la proposición teológica termina en la proposición mística: ni huida fuera del mundo, ni la realización inmediata y apocalíptica de Dios en el mundo” (Sichère, 1996: 94).

En el siglo XIV empezó a aglutinarse en un intenso sentimiento de miedo, sufrimiento y muerte.

El ejemplo del antípoda posible de la imaginación creadora es Sade, en cuyos textos destaca la atrocidad como momento de angustia, que representa asimismo la complejidad del momento histórico que le tocó vivir. El hecho de que ese momento sea el del sujeto moderno concebido como ateo puede discernirse en las obras de Molière: Don Juan encarna abiertamente el deseo del ateo, pues el movimiento de su desafío implica un momento de atrocidad... Sichére sostiene que la ficción sadiana, como antiteología del mal extremo, es la respuesta atea a la dramaturgia cristiana de la salvación. Si el ateísmo integral como libertinaje es un atolladero, Sade representa el mal radical como lo impensado de la razón moderna.

En la actualidad, afrontar la insistencia del pensamiento del mal exige considerar los discursos de la política, el psicoanálisis, la literatura y el cine. Sichére afirma que la política, como fuerza de verdad, concibe las tres formas del mal: la barbarie colectiva, la criminalidad extrema y la delincuencia. Esta concepción parte de la trascendencia de la ley (para la que el sujeto del crimen está destinado a la redención: "axioma de Dimitri Karamazov") y de la afirmación rebelde del *sujeto soberano* que trasciende todo orden social y toda legalidad. Recordemos que ese discurso aborda la dimensión del mal bajo los auspicios de la pulsión de muerte e intenta responder a la crisis de la sublimación moderna por medio de la ética.

En el seminario "La ética del psicoanálisis", en 1960, Lacan llamó al mal radical la "Cosa", definida como la región límite que se encuentra de lado de toda subjetividad: el vacío que se encuentra en toda operación subjetiva.

En el cine sobran ejemplos: *Entrevista con el vampiro*, *Seven*, *El abogado del diablo* y *Asesinos por naturaleza*, donde el diablo existe como construcción simbólica y profundamente significativa de la sociedad actual.

En tanto, para Baudrillard (1991: 93), en la sociedad actual el mal se ha metido en todas par-

tes; tenemos tanto miedo de enfrentarlo que preferimos disfrazarlo o ni siquiera nombrarlo. En pocas palabras, *todo lo que expurga su parte maldita firma su propia muerte*. Éste es el teorema de *la parte maldita*, el pensamiento del posmodernismo que representa una lógica en el campo de las ideas: la perpetua reduplicación de uno de los términos resuelve toda contradicción, aunque en realidad sólo la encubra.

De igual modo, la energía o violencia de *la parte maldita* es la misma del principio del mal: el caos, el desorden y el desarreglo motivan la búsqueda de un nuevo orden o un nuevo caos.<sup>3</sup> Para Baudrillard el principio del mal implica un juicio crítico y criminal de las cosas; este juicio es, hasta hoy, públicamente impronunciado en cualquier sociedad (¡incluso liberal como la nuestra!); esta intolerancia se ha convertido en un muro que parece indestructible.<sup>4</sup> La totalidad del bien y del mal nos supera, pero debemos aceptarla por completo. No existe ninguna comprensión de las cosas al margen de esta regla fundamental.

Es innegable que Jean Baudrillard ha desarrollado una teoría muy interesante en su libro *La transparencia del mal*: a fuerza de expulsar nosotros la parte maldita y de dejar brillar únicamente los valores positivos, nos hemos vuelto dramáticamente vulnerables al menor ataque viral, como el del ayatollah, quien en cambio, no sufre, sin duda de un estado de deficiencia inmunitaria.

No se quiere decir con esto que deba existir el mal como violencia, sino saber denominarlo sin emplear eufemismos. Partimos de la idea de que todo lo que deshecha *la parte maldita* está condenado a su muerte puesto que el mal también en-

3 "Bajo la transparencia del consenso está la opacidad del mal, su tenacidad, su obsesión, su irreductibilidad, su energía inversa trabajando por doquier en el desarreglo de las cosas, en el exceso y la paradoja, en la extrañeza radical, en los atractores extraños y en los encadenamientos inarticulados" (Baudrillard, 1991: 115).

4 "La ilusión de diferenciar las dos para promover sólo una es absurda (esto condena también a los defensores del mal por el mal, pues también acabarían por hacer el bien)" (Baudrillard, 1991: 116-119).



gendra energía. No olvidemos que el mal es un principio vital: es principio de conocimiento desde el Paraíso. Si abolimos el mal, abolimos parte de la existencia sólo para instaurar paraísos artificiales y simbólicos que no son los nuestros. Se debe mantener el principio de la existencia del Mal porque forma parte de nuestro universo simbólico. Si se intenta expurgar el Mal instauramos un orden simbólico que no es el nuestro (no sería verdadero un paraíso en el que todo funcionara muy bien).

De lo cual resulta que la seducción del mal es un desorden natural del mundo.

Es decir, el mundo cree en el mal como un valor cruel y por eso es rechazado. No obstante, constituye la otra parte del bien y es necesario. Como dice Baudrillard, hemos de conformarnos con la dualidad bien y mal.

Como sabemos, la existencia está hecha de opuestos; sin embargo, muchas veces no comprendemos su alcance y nos confundimos en una danza de palabras oscuras y sin sentido. Si queremos explorar seriamente y a fondo lo que es la verdad, debemos considerar los errores que cometemos generalmente al hablar de conceptos aparentemente opuestos como el amor y el odio o el bien y el mal.

Para la mayoría, es bastante obvio que una actitud de amor es opuesta a una de odio, o que un acto bueno es totalmente contrario a un acto malo. Sin embargo, ¿qué es lo que define el alcance de los conceptos del bien y el mal? Podemos decir, por ejemplo, que matar está mal y que salvar a una persona que se ahoga mar adentro está bien, y en

ello casi todos estaremos de acuerdo. Sin embargo, cuando pensamos en si está bien o mal casarse varias veces, o hasta casarse con muchas mujeres o muchos hombres, el veredicto sobre si "está bien" o "está mal" variará de acuerdo a las culturas y los sistemas de creencias.

Volviendo a nuestros interrogantes principales: ¿qué es el bien?, ¿qué es el mal?, ¿quién dicta lo que es bueno y quién lo que es malo?, ¿son éstas definiciones sólo válidas dentro de un determinado contexto, dentro de los límites de un siste-

ma, o podemos encontrar significados que aporten universalidad a sus contenidos?, resulta claro y obvio —más allá de situaciones límites— que no hay definiciones absolutas y que las posibles dependerán del observador.

Tenemos conciencia en la vida cotidiana, al tomar numerosas decisiones con el pasar de los minutos, de que uno de los regalos de mayor valor que se nos ha concedido en la vida es el libre albedrío: la libertad de voluntad, la capacidad del individuo de elegir una línea de acción, sin ser manejado por influencias externas a su pensamiento.

En este mundo donde vagan el estigma del sufrimiento y la daga del dolor empujada por la mano de los seres humanos, cuando hace mal uso de su libertad la voluntad del hombre es propia, y sólo él es responsable de sus actos. Dios no es más que un simple espectador.

Los hombres obnubilados por las obras malignas, capaces de disfrutar con el mal, de obrar de forma egoísta causando dolor y sufrimiento al pró-



Buena: Jones, Cephelus: The dog keeper: The three-headed dog Cerberus.

jimo con el fin de alcanzar el bien propio o de conseguir conocimiento, esos sujetos que pululan en nuestra sociedad, ¿por qué son así?

Podemos tratar de entender ese comportamiento mediante el pensamiento de uno de los más grandes intelectuales franceses, Jean Jacques Rousseau, quien en *El Contrato Social* afirma que el “estado natural” del ser humano es ser bueno. Rousseau describe al hombre natural en los términos del *buen salvaje*, como parte de una teoría que se popularizó junto con su célebre aserto: *Todo es perfecto al salir de las manos del Creador y todo degenera en manos de los hombres*. Con ello, nos da a entender que el mal no nace, sino que se hace; que el hombre moderno, al vivir en la sociedad, se ve llevado gradualmente a la necesidad de establecer vínculos sociales, saliendo de su *estado natural*. En consecuencia, el hombre ha sido corrompido por la sociedad y se ha convertido en un ente del mal al tener contacto con ella.

Kant, quien vivió también durante el siglo XVIII, dijo que todo hombre adolece de una inclinación natural al mal, de ahí que todos los padecimientos del hombre moderno resultan de empujar un copo de nieve colina abajo que termina convirtiéndose en una avalancha cuando culmina el desarrollo del individuo. Con todo, esta justificación del mal es derrotista.

Tal vez nunca llegaremos a comprender la maligna mente del hombre moderno, pero lo que sí entendemos es que al nacer y entrar en este mundo, el hombre es víctima del azar, de los zarpazos de la humanidad y de la sociedad. Lamentablemente su frágil mente no es capaz de soportar los infortunios de la vida, y se torna al lado oscuro del yo. En su busca de ser confortado, el hombre se refugia en el odio y el rencor. Mary W. Shelley pone en las palabras del monstruo de Frankenstein, cuando éste presencia la muerte de su acosado creador lo siguiente: “Mi corazón estaba concebido para el amor y la simpatía, y cuando la desdicha lo transformó hacia la maldad y el odio, sufrí un tormento que no puedes siquiera imaginar... el mal se convirtió desde entonces en el bien para mí.”

Resulta así comprensible que a lo largo del camino de la vida nos encontremos ante bifurcaciones, viemos en incontables recodos y suframos innumerables golpes. El sufrimiento que resulta nos lleva a preguntarnos acerca del Mal.

Hay golpes inevitables y de tal vigor que inundan de dolor al individuo. Resuena entonces con diáfano sentido la poesía de Baudelaire dentro de las ruinas circulares de la mente humana. Cada día nos confrontamos con el mal, pequeño o grande: enfermedad y muerte, desastres naturales, pérdida de la cosecha o de un amor... o la mala suerte que anuncia la exposición en un cartel a la entrada para justificar el programa. Y sigue: aunque tratamos de erradicarlo con ciencia, armas, muros y tecnología, no acabamos de tener éxito. Cuando los medios racionales no dan con la explicación, buscamos la causa en lo sobrenatural, porque la idea de que el mal está en nosotros mismos resulta humillante. El origen del mal, su representación y cómo lo mantenemos alejado de nosotros o luchamos contra él son las tres fases que completan la respuesta a esta cuestión universal.

Percibimos el mal desde la infancia y tenemos de él experiencia de primera mano, pues todos, con mayor o menor entusiasmo, lo hemos hecho. De esta manera, el problema del mal puede formularse así: si Dios hizo el mundo y Dios es santo e infinitamente bueno, entonces ¿por qué hay tanto sufrimiento y tanta maldad en el mundo? Ahora, si Dios creó el mundo y vio que era bueno, ¿de dónde sale el mal?, ¿quién lo creó?, ¿o nadie lo creó y brotó como hongo de la nada? Las religiones politeístas han elevado a sus panteones a dioses del mal. El monoteísmo no puede hacerlo, porque no cabe concebir un Dios único sin que sea justo y bueno.

De aquí se sigue que el infractor no piensa o considera a los demás, e ignora antecedentes, consecuencias y alternativas: se abalanza sobre un solo aspecto. Tiene una obsesión que necesita saciar para liberarse de ella. En términos de Dostoievski, es una especie de poseso, de endemoniado.

De entre todas las obsesiones, la que ha probado ser más peligrosa es la que surge del

encandilamiento de las ideas, sobre todo las políticas. Lo que lleva a Raskolnikov al crimen son ciertas concepciones morales. *Crimen y castigo* es la apasionada respuesta de Dostoievski al superhombre nietzscheano, que cree estar más allá del bien y el mal. Pero los grandes crímenes del siglo XX, los de Hitler y Stalin, que sobrepasan en alcance y atrocidad a los cometidos en cualquier otro siglo, son resultado de designios políticos obsesivos y utópicos, encarnados por hombres que se creían puros, eficaces y lúcidos, cuando sólo eran desalmados y ciegos. Y, claro, ambiciosos: todos querían “quedar bien” y así, quedando bien, se hicieron criminales (¿con qué grado de conciencia?, ¿no se ve ahí cristalinamente que el mal que perpetraban se les ocultaba?).

No todos están de acuerdo con esta visión, la oficial, y en cierto modo tranquilizadora, del mal. Hay otras, como la de Bataille, por ejemplo, que son perturbadoras. Un análisis del concepto del mal revela, según Bataille, que si se hace el mal para obtener una ganancia cualquiera (robas para tener algo de dinero, eliminas a alguien porque estorba tus ambiciones de poder), el mal que se perpetra es impuro, es casi un pseudomal. El mal, dice, para serlo en pureza, debe ser gratuito e inmotivado.

Uno de los méritos de novelas como *Cumbres borrascosas* —que, como se sabe, fue icono surrealista (Buñuel la filmó en México, con poco acierto)— es que presentan el mal así, inmotivado y sin ganancia alguna, pero no por ello menos encarnizado y virulento. ¿Por qué hiciste lo que hiciste? Porque sí, no tengo ninguna razón. Esta respuesta es inquietante: los humanos somos buscadores incansables de significados, y hemos desarrollado muchas maneras de hacer inteligible lo que nos sucede. Pero hallamos aquí una imposibilidad: el mal, en esta concepción, es tal justamente porque no tiene ni puede tener sentido. Cualquier sentido lo disminuye y evapora. Extrae por completo el sentido de una acción, destruye por destruir, daña por dañar: ahí tienes el mal destilado y puro.

De aquí a decir que el mal es por necesidad banal, como se atrevió a sostener Hanna Arendt, no hay muchos pasos. Sobre el mal no puede construirse nada; el mal es autocontradictorio y autodestructivo, y por ello no puede prevalecer. No se puede extraer el sentido de una acción generosa porque su propia generosidad engendra un sentido. La succión del sentido sólo puede aparecer en lo dañino e inmotivado.

Para Dios no hay bien y mal, pero para nosotros sí. Lo que haya no lo podemos saber, pues bien y mal son categorías del pensamiento humano. De ahí que el problema del mal, aunque pueda formularse, no tiene respuesta alguna.

La existencia del Mal en el mundo actual es irrefutable desde nuestra racionalidad. Que sea una fachada del Bien de Dios, ininteligible para nosotros los hombres modernos, es algo que (hasta ahora) no podemos discernir. Por otro lado, ¿eliminar el Mal?, ¿qué sería el Bien sin el Mal? Es difícil pensar en la existencia de uno sin que exista el otro. El Mal le da sentido a la búsqueda del bien. Hace que el hombre quiera superarse, aunque sea doloroso el precio. Sin embargo, es cierto que el hombre es culpable de consentir el mal y de no luchar contra la sociedad o contra sí mismo para evitarlo.

En la corrupta sociedad moderna vive o sobrevive el ser humano acosado por quienes padecen emociones tormentosas: misántropos que van por la vida con el peso del yunque del rencor y la culpa originados en misteriosos pecados y viejas dolencias. En su última entrega literaria, escrita cuando ya tenía 86 años, con el sugestivo título de *Antes del fin*, Ernesto Sábato hace una especie de declaración de esperanza, de fe en el ser humano, dedicada a la juventud: “Sí, escribo esto sobre todo para los adolescentes y jóvenes, pero también para los que, como yo, se acercan a la muerte.” Y enuncia de esta manera su principal mensaje: “Les propongo, entonces, con la gravedad de las palabras finales de la vida, que nos abracemos en un compromiso[...] Sólo quienes sean capaces de sostener la utopía, serán aptos para el combate decisi-

vo, el de recuperar cuanto de humanidad hayamos perdido."

Pero pronto caemos en la cuenta de que en el Mal siempre hay algo superfluo, un exceso que lo vuelve incomprensible. Es ese abismo que nos arroja más allá de lo humano. Un goce monstruoso, innecesario y fastuoso que devasta con sangre y pavor nuestras tímidas fronteras de lo posible. Al mismo tiempo, con caricias de colores, los artistas han representado el movimiento hisomórfico de los cuerpos haciendo el amor: lucha y atracción, viven que se acelera, placer que culmina con náusea, fuego fatuo: "Todo el ardor y el arrobamiento debe desembocar en el vacío", señala Lou Andreas Salomé (1993: 77), "¿Y que otra cosa puedo hacer en un vacío sino caer en él?", se pregunta Bataille (1984: 45). Mas, para sobrevivir a la caída, los artistas y pensadores se unen en un abrazo cómplice que nos recuerda que este juego también es el juego del amor.

Un ejemplo elocuente de lo anterior es el mismo Bataille,<sup>5</sup> quien meditó sobre el erotismo toda su vida (desde lo poético y lo literario hasta la teoría y la revisión antropológica del tema), con una postura consistente que ha marcado, sin duda, una manera recurrente de abarcar el tema. Para Bataille, el erotismo es la experiencia del límite, la transgresión por excelencia, el derrumbe del orden de lo posible y el acceso a un reino extasiado en la eternidad de un instante efímero; en pocas palabras: *lo imposible*.

No se trata sólo de experiencias gemelas por su intensidad y arrebató, sino que éxtasis religioso y éxtasis sexual son dos ramas de la misma raíz arcaica, que comunica a lo humano con lo animal. La violencia del deseo sexual despierta en la carne trémula la memoria de la caza; el sujeto se vuelve salvaje y exige sangre. El arrebató sexual se asemeja al asesinato: hay un deseo inconfesable de destrozo y de muerte. La violencia del placer espasmódico, nos dice Bataille, es, a la vez, el corazón de la muerte. El ritual religioso, por su parte, siempre ha estado ligado a la muerte. El sacrificio es un asesinato. Ante Cristo crucificado los

cristianos practican su piedad. En el grabado de José Hugo Sánchez, *La última tentación de Cristo* (con la rapidez del inconsciente que se expresa mediante el dibujo sobre la hoja en blanco), se abre la excomulgada hipótesis del orgasmo del crucificado. Semen y sangre derramados atan al culto cristiano con lo más atávico y arcaico.

El impulso erótico, tanto como el religioso,<sup>6</sup> son movimientos que tienden al exceso, su realización se idealiza como la fractura del límite, la fusión con la totalidad, la disolución en la continuidad del ser. El humano, carente y discontinuo, busca en estos arrebatos la paz de la totalidad, que no es sino pulsión de muerte. Entre los conceptos que arrojó Bataille, es célebre la noción de *petit mort* para referirse al orgasmo. LC



## BIBLIOGRAFÍA

- Bataille, Georges (1971), *La literatura y el mal*, Madrid, Taurus.
- \_\_\_\_ (1984), *Lo imposible*, México, Premiá.
- \_\_\_\_ (1992), *El erotismo*, Barcelona, TusQuets.
- Baudrillard, Jean (1991), *La transparencia del mal. Ensayo sobre los fenómenos extremos*, Barcelona, Anagrama.
- May, Rollo (1990), *Amor y voluntad... Las fuerzas humanas que dan sentido a nuestra vida*, México, Gedisa.
- Salomé, Lou Andreas (1993), *El erotismo*, Barcelona, Hesperus.
- Sichère, Bernard (1996), *Historia del Mal*, España, Gedisa.

- 5 La portada de la sexta edición de TusQuets de *El erotismo*, se ilustra con un fragmento de la escultura de Bernini: *El éxtasis de Santa Teresa*, de la iglesia de Santa María de la Victoria, en Roma. Del ardiente embotamiento al que la llevan sus contemplaciones místicas, la misma santa expresa: "Durante esta agonía, el alma se inunda de inexplicables delicias".
- 6 Santa Teresa de Ávila citada en George Bataille (1984: 12).